tancia en las prácticas cristianas, ni instrucción competente, ni dirección de espíritu, que trae siempre en desorden la misma vida, que es más bien la fuente de mil incentivos, peligros y ocasiones de pecado, haciendo á un lado todo esto, ¿será posible jamás que se compadezcan el espíritu de piedad, con este espíritu de voluptuosidad? Cuando hagan las paces el odio y el amor, se podrá esperar entonces que se concilien la furia de las diversiones con el espíritu de la abnegación cristiana. Ved aquí por qué debéis poner todo vuestro empeño en combatir este espíritu, apenas se levante, concediendo á vuestros hijos un desahogo moderado, honesto, adecuado á su edad, pero siempre con la precaución de manifestarles claramente: que el solaz no es otra cosa que una interrupción de los quehaceres más importantes; un descanso para después correr mejor; en una palabra, que el trabajo es el camino ordinario de la vida y el reposo la relajación de algunos instantes. Esto es lo que necesitan fijar bien en su mente y en su corazón, y hacerlo una costumbre, mediante los hábitos cuotidianos de la vida

---

CAPITULO VIII.

DIVERSIONES Y SUS PELIGROS

Cuáles diversiones pueden permitirse á los jóvenes.—Promover el amor de la pureza. —Vigilancia con que se debe cuidar de la misma.—Familiaridad y confianza entre mayores.— El lujo.— Decencia en el vestido.—Continúa el mismo asunto.— Confírmase lo dicho con dos ejemplos. — Algo más sobre los castigos de la vanidad.— Pretextos con los cuales pretende disculparse la inmodestia de los trajes.

I

Al llegar á este punto preguntaréis, quizá, cuáles sean las diversiones más propias para los niños. Si esto lo hubierais preguntado á nuestros antepasados, sin vacilar os habrían contestado: que á la juventud se deben conceder aquellos juegos que ocupan más al cuerpo y que dan menos lugar á que el espíritu se enardezca. Y daban para esto razones poderosas, pues el obrar así, resultaba más provechoso para la salud y para las bue-

nas costumbres, y por esto se fijaban entonces en la carrera, en el juego de pelota, en la raqueta, el boliche, y en otros juegos semejantes en los cuales se vigorizan los miembros, sin que el alma sufra daño alguno. Pero esto sería educar á la antigua. Hoy, apenas salen de la niñez, y de un salto los convierten en hombres. Presumidos, acicalados, llenos de afeites, afeminados, se les lleva á los paseos rumbosos, se les hace asistir á las tertulias, se les conduce á los billares, á los teatros, á todas partes, con lo cual pierden la sencillez infantil, quieren aparecer como hombres ya formados, se deleitan en los bailes campestres, les gusta andar en comparsa con el bastoncito en la mano y á veces hasta con el cigarro en la boca. Antes discutían sobre quién era mejor jugador, quién ejercitaba mejor las fuerzas, sobre las ocurrencias faustas ó infaustas de la escuela, y se ocupaban en esto porque no tenían afecto á otras cosas. Hoy día, con la leche en los labios todavía, hablan de gobierno, hacen política y discurren acerca de todo género de asuntos. Yo tuve ocasión de escuchar de boca de un jovencito de doce años, que no sabía una palabra de la primera comunión que debía hacer dentro de poco, todos los chismes de cierta ciudad, todos los empleos á que otros aspiraban, todos los matrimonios que estaban pendientes, con un juicio definitivo acerca de la conveniencia de cada uno. ¡Ah, cómo ha progresado el mundo! ¡pero temed vosotros dos cosas: primera, que no progrese más la malicia que el conocimiento y el desarrollo de la in-

teligencia, y segunda, que cuando los niños se hagan hombres, no sean de hombres peores que lo que eran ya de niños, y por lo mismo, **ingeniaos** para tenerlos ocupados en diversiones propias de su edad.

II

Después de haber debilitado el amor de los placeres, hay que pasar adelante, promoviendo un amor del todo opuesto, que es el amor de la pureza, perla de la juventud, honor de las familias, decoro de la Fe, lustre de la sociedad católica, y de la cual prácticamente, se han de espear todos los bienes, todas las virtudes, sin excluir la misma fe, que no tiene enemigo más poderoso que la incontinencia. Y entiéndase que es más fácil conservar la modestia mientras está bajo el dominio del alma, que hacerla entrar de nuevo después de haber sido arrojada de ella; el botón de la rosa, una vez abierto, ya no se cierra, y del mismo modo, difícilmente se vuelve á la primitiva sencillez, después de haberla perdido. Debéis, por consiguiente, en términos generales, recomendar muy á menudo la modestia y el recato, hablando de ellos siempre con grande elogio y manifestando lo agradable que son á Jesús, á María y á los ángeles y á toda la Corte Celestial. Digo, en términos generales, porque de la demasiada minuciosidad acerca de lo que constituya la Santa modestia y mucho más todavía de la condenación que se haga del vicio opuesto, podrían venir daños á esos tiernos corazones. Infundidles igualmente la devoción al Santo

Angel de su Guarda, el cual con su protección incesante, despierta sentimientos de pureza, y rechaza con terror todo lo que á ésta se oponga. Consagrar á los niños desde sus primeros años á ese ángel de pureza, llamado San Luis Gonzaga, referirles ejemplos de él, darles á leer su vida, se juzgaba también, en otra época, de utilidad bien probada; en nuestros días ignoro lo que parezca este arbitrio. Vosotros, empero, confiad vivamente en estos medios, porque esa virtud no puede venir sino del Cielo, y no viene si no se pide con mucha instancia.

III

No vayáis á creer, sin embargo, que esto sea bastante para conservar á vuestros hijos el hermoso tesoro de la inocencia; requiérese, además, un grande acopio de medios y un cercado fortísimo de precauciones, las cuales si no es menester que se descubran siempre á los jóvenes, sí es preciso que nunca disminuyan. Para que se desarrolle una flor y abra sus hojas y esparza su fragancia, deben concurrir: el sol con sus rayos, la lluvia con su humedad, la tierra con su jugo, el jardinero con sus cuidados: así también, para que florezca el lirio de la pureza, deben concurrir: Dios con su gracia, la Santísima Virgen con su protección, los padres con su vigilancia, y los niños con su empeñosa voluntad.

Conviene arreglar primeramente el orden material de la misma habitación, á fin de que, hasta donde sea posible, todo

contribuya á albergar la inocencia; que haya, pues, una absoluta separación de lechos, poniendo en una pieza á los mayores y en otra á los pequeños, ya que una cosa debe ser el nido de las palomas y otra el cercado de los corderillos, sin que para infringir esta ley valga decir: que la inocencia no requiere tantas precauciones, pues precisamente es la que las exige mayores, toda vez que la inocencia en esa edad es poco más que la ignorancia, y con frecuencia sucede que cesando ésta, viene abajo la primera. La curiosidad es, á menudo, la senda que conduce á la perversidad; así que, no sólo se ha de emplear el rigor en esta parte, sino que, hasta donde sea dable, debe ser constante. Los juegos que convienen á los varoncitos son diferentes de los que se acomodan á las niñas, y en ellos deben estar casi enteramente separados. Que no se les deje, pues, juntos frecuentemente, y mucho menos solos en lugares apartados en que no se pueda fácilmente vigilarlos.

Me preguntaréis, quizá, el por qué de todo esto? Yo os contesto que no lo sé; pero que San Felipe Neri, que tenía alguna experiencia, así lo quería; creed, pues, al Santo, ¡Padres y Madres! y no los dejéis nunca solos y aun para estar más tranquilos, sorprendedlos á menudo en sus juegos. Y si tanto peligro pueden correr aun por sí solos en la edad de la inocencia, imaginad qué será cuando tengan que tratar con otros y no siempre tales como los quisiera la piedad cristiana. La menor libertad que otro se tome en su presencia, y por desgracia no se

guarda ahora ningún miramiento, puede darles en qué pensar, que sospechar, que cavilar y ocasión de abrir esos gérmenes infaustos que demasiados traemos al nacer. Suele decirse que en nuestra época los niños nacen con los ojos abiertos, ¿mas, dónde los abren si no es en el seno de las familias? El atender al aseo de los niños sin ocultarlos de la vista de los demás, no cuidar que tengan siempre los vestidos ajustados y compuestos, el fiarlos á personas no bastante seguras, tenerlos en la fuerza del verano casi descubiertos, con el pretexto de que son todavía de edad muy pequeña; abandonar los pequeñitos á los mayores con un completo descuido, no siempre se hace sin ofensa de Dios y tal vez más de uno de los que lean estas líneas se verá obligado, por su propia experiencia, á confesar que no son vanos escrúpulos todas estas precauciones.

IV

Nuestro siglo, que se jacta de haberse sacudido los trabas de todas aquellas prácticas y usos embarazosos de nuestros mayores, ha introducido en las familias un trato sumamente libre en el modo y lo defiende á capa y espada, como si fuera la cosa más inocente del mundo, y, algo más, como un secreto precioso para cimentar la caridad y la concordia: consiente y aprueba que hombres y mujeres, á título de esposos, muchachos y muchachas, á título de hermanos y mucho más, tíos y sobrinos y parientes, aunque ya no estén en la primera edad,

se besen sin freno alguno, llevándose tan lejos en ciertos casos este libertinaje y haciéndose tan frecuente, que dan náuseas de sólo verlo. Y bien, cuando se contempla semejante espectáculo, hay que convenir en que el siglo tiene hondamente trastornada á nuestra sociedad, en la que usos tan perniciosos y repugnantes, no sólo han podido abrirse paso, sino que han logrado ser aprobados y hasta aplaudidos: preciso es decir que tales esposos, que así se olvidan del respeto que deben á los presentes, tienen una idea muy pobre de lo que piden la decencia, el buen ejemplo y la pureza de su estado, y tratan con mucha grosería á las personas que los honran con sus visitas. Se debe afirmar que esos jovencitos y jovencitas han hecho ya grandes progresos en el camino de la inmodestia cuando en presencia de sus mismos padres se permiten todo esto, y, juzgando piadosamente, puede creerse: que el sentimiento del pudor no ha teñido jamás de púrpura sus mejillas. Por lo demás, y diga el mundo lo que quiera, lo cierto es que estas son acciones indecorosas que deben por completo desterrarse de los hogares cristianos, como quiera que en sí mismas no son inocentes, ni carecen de peligro para quien las ve, y mucho más para quien las practica. Si la simple lectura, en los libros, de la descripción de tales familiaridades, conviene todo el mundo en que es peligrosa para las almas y nosotros sabemos las profundas heridas que ella les causa, ¿no será mayor la que les produzca la vista de aquellas? La juventud tiene mucho que trabajar para

conservarse pura y eso aun cuando se halle lejos de las ocasiones; ¿cuál no será, pues, el peligro que encuentre en esas maneras libres y en esa familiaridad? Se necesita no conocer el corazón humano para afirmar que no le traerán ninguno é ignorar, además, lo que enseñan á este propósito todos los santos. Pero esas personas se dice, tienen derecho á ello; pues el que tiene deerchos que los ejercite dónde, cuándo, y en el modo con que Dios se los concede; pero Dios jamás ha concedido el derecho de escandalizar al prójimo y antes bien, ha amenazado terriblemente á quien da escándalo. "Ay de aquel hombre por quien vino el escándalo!" Y luego, ¿quién ha dicho que existan entre hermanos y hermanas tales derechos? El único que tienen es el de amarse mutuamente con tal pureza de afecto, que se manifieste hasta en el semblante y en todos los actos exteriores. Pero al mundo no le parece hoy mal esta mayor confianza: pues muchas cosas no juzga malas el mundo, que Dios califica de pésimas y ésta es una de las que, por medio del Profeta Oseas, declaró sumamente pecaminosas: **sanguis sanguinem tetigit.** Ved aquí por qué, cuando veais que en vuestra familia trata de introducirse esta mala costumbre debéis desterradla al punto; pero más eficaz será prevenirla con vuestro ejemplo y con no dejarla que se establezca.

V.

Primer incentivo á la inmodestia, es el lujo inmoderado, por lo cual diré de él aqui alguna palabra. Dejando aparte el lujo, que consiste en tener la casa en un estado superior á lo que pide la condición propia de cada cual y en tratarse con esplendidez mayor de la que permiten las rentas, desorden que no es de lamentarse en este lugar, tened cuidado de que el lujo inmoderado y la vanidad en el vestido, tan propios de las niñas, sean en éstas refrenados á tiempo. No las vistáis mejor que á vosotros mismos, como se hace con ellas casi desde que están en la infancia, por el gusto de ver á una niña, y á veces también á un jovencito, caprichosamente ataviados. Para vosotros eso no será otra cosa que un baño de amor propio; mas para ellos es, con frecuencia, un germen de vanidad, que más tarde dará qué decir á muchos y que finalmente causará la ruina de la familia. Vístaseles decentemente, como exija su clase; pero reprímase y modérese desde los primeros años el afán de lucir. El precepto del apóstol: de contentarse con los vestidos que basten para cubrirse, habla también con las mujeres, y si, con divina discreción, les concedió algún mayor adorno, les impuso, en cambio, dos condiciones importantísimas: la modestia y la sobriedad.

Que si tan pernicioso es el lujo en los más tiernos años,imaginad cómo será en los más peligrosos, cuando á la vanidad y ligereza juveniles se añada, por algún fin ó pasión secreta, el deseo de agradar y complacer á alguno. Entonces se verán esas frivolidades intolerables de una joven ocupada, desde por la mañna hasta por la noche, en el cuidado de su persona, perder largas horas delante del espejo acicalándose, ataviándose y componiéndose sin medida, y de día ir y volver mil veces para consultar con aquél, ya acerca de un

cabello descompuesto después de haberlo arreglado, ya acerca de un velo, de una cinta ó de una flor que no dán el efecto deseado. ¡Oh miseria! Tomás Moro, gran Canciller de Inglaterra, decía en cierta ocasión con severidad á una hija suya en un asunto como este: "Gran injuria "te hará Dios, si no te arroja al fondo del "Infierno, ya que tanto y tanto te afanas "por llegar á él." Mas vosotros añadidles: que no irán ellas solas con tantas galas, que no pueden menos de ser un incentivo al mal para los demás, y si no se rinden á los consejos, ni á las correcciones, ni á la fe cristiana que les prohiben tales vanidades, emplead medios más eficaces; quitadles las ocasiones de las compañías, como son los paseos, los bailes, las conversaciones, los teatros, y veréis como se llegan á reducir á la medida justa y conveniente.

VI.

Y sin embargo, algo más todavía que la modestia se requiere: la decencia en el traje y en sus adornos. El apóstol San Pablo la quería en los templos, practicada universalmente por todas las mujeres, por respeto á los Angeles; pero yo estoy por decir que no es menos necesaria en el santuario doméstico de la familia, ya que el daño es más grave, si ella se descuida en lo más mínimo. Se requiere en vosotras, que sois el modelo de las niñas, el modo práctico de vestirse y á fin de que las desnudeces no causen escándalos manifiestos: se requiere en las mismas niñas, por respeto á sí mismas y á las demás personas de la casa, puesto que ellas deben fomentar los sentimientos de pudor,

que son el más noble adorno de una doncella cristiana; requiérese en los sirvientes, porque ellos no deben con sus trajes ser para los niños y niñas un incentivo para el vicio, ni motivo de escándalo: requiérese en todos, porque la modestia es la gloria exclusiva de los cristianos. Por esto comprenderéis el peso y valor que debéis dar á las razones que se alegan para justificar la demasiada libertad con que se vive. Se os dirá: "que el calor no permite en la estación del estío tanta escrupulosidad en este punto y quizá también que así lo exige la salud de los jóvenes," fundando sobre esas razones esas modas tan feas venidas, no sé de dónde, si no es del infierno, de tener á las niñas en las familias, exageradamente descotadas, con los brazos desnudos, y á los jóvenes demasiado á la ligera, bajo el pretexto de fortalecer sus miembros, é igualmente á las niñas de doce años y aún más, de falda tan corta, que apenas les llega á la rodilla; mas vosotros no lo hagáis así, si en algo estimáis la santa modestia, sin que os importe que siga esas costumbres el mundo entero. Este trae sus modas de París, de Londres ó de donde se quiera; mas las nuestras las tomamos del Santo Evangelio, el cual veda no solo las obras de iniquidad, sino hasta los deseos del corazón y los pensamientos voluntarios que manchan el alma. Y por lo que respecta á la salud, advertid: que si es preciosa la del cuerpo (la que por lo demás ignoro qué ventaja reporte de tan extravagantes costumbres), es infinitamente más preciosa la del alma, siendo por consiguiente el peligro de ésta un precio demasiado alto para la utilidad de aquél.